

PAZ ARMADA Y GUERRA INERME

(PARA LA NACION)

SALAMANCA, junio de 1916.

Pronto se cumplirán los dos años de guerra y aun no se ve una paz próxima a pesar de las gestiones que indudablemente se están haciendo para obtenerla. Especialmente por parte de Alemania que se cree o finge creerse —y el que finge creer algo es para que los otros, en este caso los neutrales, se lo crean—en ventajosas condiciones militares. Y quiere contar con una especie de apoyo moral de los países neutrales. Ahora, que no es tan fácil engañar a los otros beligerantes. Por lo menos a sus gobiernos. Que en cuanto a los pueblos...

Alemania lleva, en efecto, además de su campaña estrictamente militar otra campaña de opinión y en cierto modo literaria. Aunque esta literatura sea, que lo es, la de los partes comunicando el resultado de la campaña militar. Los que dirigen esta singular campaña literaria desde Nauen y Norddeich no son menos expertos, en su especialidad, que un Hindenburg, un Mackensen o un von Kluck. Sólo que a las veces parecen pasarse de listos. Aunque ¿quién sabe lo que con sus habilidades para disfrazar la verdad se proponen?

Saben desde luego que la victoria y la derrota son categorías del orden moral, que lo que hay que dominear y doblegar no es tanto la fuerza cuanto la voluntad del adversario y que por lo común vence el que cree haber vencido y el que se cree vencido lo es. Dicen que hay batallas en que el talento del caudillo que las dirige es hacerle creer al otro que es él quien venció, y así se explica una cierta irritación de los tudescos, porque hasta ahora sus enemigos ni se dan por vencidos ni se confiesan tales. Mas ya ha empezado a decirse en Alemania, y en pleno Reichstag, que en esta guerra no hay ni vencedores ni vencidos. Por ahí se empieza a acabar.

De todos modos, no sé la proximidad de la paz, por lo menos una proximidad tal como la desearían los dogmáticos del pacifismo, los sentimentales de sentimientos blandos, los neutrales que de veras lo sean—si esto es posible—y en general todos aquellos que no saben, no pueden o quieren comprender que ni la guerra ni la paz son fines en sí, sino medios para cumplir el progreso, y que éste a las veces necesita de la guerra tanto como de la paz.

El fin social es, en efecto, el progreso, la mayor plenitud, variedad e intensidad de vida colectiva e individual —la una depende de la otra—y ese progreso se cumple por la paz y por la

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

Paz armada y guerra in-
agosto 1915).



guerra y tanto por una como por otra. Ni se concibe la paz sin la guerra—sin algún género de guerra y en ocasiones cruenta—ni la quietud sin el movimiento. Más aun, la quietud es un caso de movimiento, un estado de equilibrio, de contraposición de fuerzas motoras, y no el movimiento un caso de quietud. Hay quien la misma quietud absoluta, que no es sino teórica, la define como un movimiento absoluto, infinito. Pero esto ya es metafísica.

La paz con que sueñan los más idílicos, esto es, los más inocentes de los pacifistas, es un estado ideal de naturaleza, de una naturaleza ideal, algo así como la condición en que debió de hallarse aquel mítico hombre natural de Rousseau, el primitivo contratante social, antes que surgiese la guerra de todos contra cada uno, la del "homo homini lupus"; la que señaló Hobbes. Los más salvajes de los salvajes, los verdaderos salvajes, se acercan a ese estado y los chimpancés o los gorilas no parece que luchen entre sí. Ese estado de absoluta paz—en lo que esta absolutividad o absolución sea posible—no es más que el estado de salvajismo. Y buscar la paz por la paz misma, el reposo, la quietud, el edén, si se quiere, es algo salvaje. La mítica pintura de Adán y Eva en el paraíso terrenal, atentos a crecer y multiplicarse y sin poder probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no es más que una pintura de salvajismo. Su inocencia una inocencia salvaje. Con la caída original del relato de la leyenda bíblica y sobre todo con el del fratricidio de Caín, el labrador, el que fundó la primera ciudad (Gén. IV, 17), empieza la visión del progreso humano en el pueblo judío.

La paz por la paz misma, es decir el horror a la guerra, y con ella al trabajo—pues ni hay guerra sin trabajo ni trabajo sin guerra—es el estado de salvajismo o si se quiere de naturaleza. Pero entendida esta tan amplia y a la vez tan contradictoria denominación como algo opuesto a humanidad. Y es la guerra, hija primogénita de la inteligencia humana y de la civilización, el medio de sobrepasar a la naturaleza, de sobrenaturalizarla, es decir, de humanizarla. Pero si buscar la paz por la paz misma es salvajismo, buscar la guerra por la guerra misma no es más que barbarie. Solamente los bárbaros tienen horror a la paz y aman la guerra por la guerra misma.

Hacen, pues, bien los pacifistas en execrar de los técnicos de la milicia, de los profesionales de la lucha armada, de los que han hecho de la guerra un oficio y hasta un placer, porque esto no es más que barbarie, pero los técnicos de la tranquilidad, los profesionales de la paz, los de la no resistencia al mal, los que quieren que siempre y todo conflicto entre los pueblos se arregle por compromisos tienden a volvernos al salvajismo. Salvajismo que algunos llaman felicidad. Y la mayor felicidad es la de un hombre o un pueblo dormidos.

"Si vis pacem para bellum" "si quieres la paz prepara la guerra", dice un viejo adagio. Y tal ha sido el lema de los militares pacifistas, es decir, de los técnicos de la guerra que juraban y perjuraban que toda la preparación para la guerra no tendía sino a mantener la paz mediante el equilibrio europeo. Y así se estableció la terrible paz armada, esa fatídica pesadilla que ha estado gravitando sobre Europa, por obra y gracia del imperio germánico, desde 1870 hasta 1914. El kaiser y toda su cofradía no se hartaban de repetir que sólo querían la paz de Europa y del mundo. Sometidos a su albedrío los demás pueblos, por supuesto. Y cuando no se doblegaban a él amenazábanlos. En obsequio a la paz, ¡claro está!

En obsequio a la paz, claro está. Mas en realidad se obedecía a este otro lema: "si vis bellum, para pacem!" "si quieres la guerra, prepara la paz". Y estaban preparando la paz para la guerra. Un cierto salvajismo inferior, un contentarse, un no rebelarse, un comprimir anhelos, era preparación para la barbarie hacia fuera.

A la paz armada se opone la guerra inerme. Un pueblo en que hay guerra inerme, noble guerra civil inerme, es tado crónico de revolucionarismo, se prepara mal para la guerra armada, incivil, militar. La fecundísima lucha civil que fué en Francia el "affaire" Dreyfus les esterbo a los franceses, sin duda, para prepararse convenientemente a la guerra incivil, aun a la defensiva contra la barbarie militar de sus enemigos, pero aquella lucha fué progreso, fué lucha contra el salvajismo. Y gracias que el sentimiento del desquite, de la «revancha», nos les hundió tan dentro de esa guerra civil inerme que les hiciera abandonar del todo el cultivo de la paz armada y entregarse vendidos al albedrío de los que por artes de engaño querían conquistarlos. Francia estaba germanizándose en no pocos respectos y a no ser por ese noble sentimiento del desquite habríase entregado a la "kultur" pereciendo con ello la civilización greco-latina cristiana, es decir, europea. El fuego entre el sentimiento del desquite y el revolucionario, entre la paz armada y la guerra civil inerme, era, como el fuego entre el salvajismo y la barbarie. De él surgía el progreso.

Alemania estuvo preparándose en la paz para la guerra, preparando la paz para la guerra y tratando de envolver en engaños a sus futuros enemigos, predicando una cosa hacia fuera y otra hacia dentro, manteniendo dos doctrinas de ética social, una exotérica y otra esotérica. Así se encuentra de todo entre sus portavoces. La duplicidad era su principio. Una misma teoría tenía dos interpretaciones. Y en tanto inundaba el mundo de comisionistas y de espías. Los mismos comisionistas, viajeros de paz—al parecer al menos—eran espías, viajeros de guerra. Y hasta lograban que hubiese pueblos que abdicando no tanto de su propia dignidad cuanto de su propia inteligencia, le reconocieran el género de superioridad étnica absurda que la dementalidad de su orgullo—más bien de su vanidad—le llevaba a arrogarse. ¿No hay acaso aquí, en España, quienes pretenden que europeizarse no es más que germanizarse y hasta hablar de una nueva era germano-ibérica, lo que es ya el colmo de la abyección?

Alemania se preparaba en la paz para la guerra, pero ahora en plena guerra, tiene que preparar la paz y prepararse para ella. Y éste es el terrible trabajo que ahora debe de abrumarla. Derruidas sus ambiciones de hace dos años y no dispuesta acaso a abandonarlas y llamarse de una vez a engaño y a razón, busca una paz que vuelva a ser preparación para otra guerra. En la guerra quiere preparar una paz armada, una paz que sea preparación para una nueva guerra. No parece todavía dispuesta a confesarse vencida. Será vencida acaso—así lo creemos y esperamos—pero no convencida. No se vencerá a sí misma. Y esto es, sin duda, lo que retrasa la paz. Hay tal vez que prepararle para la derrota a un pueblo al que se estuvo durante años preparando no ya para la guerra sólo sino para la victoria.

Los franceses no han podido en el curso de la guerra sino ganar en ánimo y esperanza, pues fueron a la guerra enteramente abatidos, como se va a un doloroso pero ineludible sacrificio y en gran confianza en el triunfo. Hoy le tienen y grande. Y los alemanes no pueden sino perder en ánimo y esperanza, pues fueron a la guerra seguros del triunfo, que a no abrigar esta seguridad no habrían ido a ella por muchas humillaciones que hubiesen tenido que sufrir. Habríanlas aguantado siguiendo en su preparación. Y hoy deben de encontrarse con un gravísimo problema de orden moral interior y es el de desengañar al pueblo engañado. Y como esto no se hace tan fácilmente, de aquí que la paz no sea tan próxima. Tal vez los mismos directores del pueblo, de su política y de su guerra, no quieren convencerse. Los que recordamos nuestro 1898 español, sabemos lo que es la voluntaria ceguera de los gobernantes o su vaga esperanza en un golpe de azar, en algo imprevisto, tal vez milagroso. ¿Es que la kultur excluye toda forma de superstición? Y el misticismo bélico del kaiser no es sino superstición y es superstición la fe pangermanista en el destino de Germania y en su poderío.

¿Vencerá en Alemania la fría razón, esa fría razón que creen muchos que es patrimonio germánico, y se avendrá a una paz no ya de vencimiento, sino de convencimiento? ¿No buscará más bien una paz precaria y engañosa, de compromiso, que le permita volver a las andadas? He aquí lo que se preguntan todos.

Y esta paz precaria y engañosa, de compromiso, volvería a lanzar a Europa en aquella horrible pesadilla de la paz armada que no es sino una prepa-

ración para la guerra, a los abrumadores gastos militares, a la educación de cuartel, a todo lo peor, lo que más degrada la voluntad y la inteligencia. Y se descuidarían los problemas que se agitan y debaten en la fecundísima guerra civil inerme—de armas de fuego—los problemas religiosos, políticos, económicos, pedagógicos, artísticos... Una paz precaria y engañosa, de compromiso, puede llegar a traer el más grande peligro para la libertad civil de Europa que sería el servicio militar obligatorio establecido como permanente en Inglaterra. Y la militarización de Francia, la noble Francia civil y democrática. Si una paz precaria y engañosa les obliga a militarizarse a Francia e Inglaterra, es decir, a incivilizarse, si el caporalismo o el imperialismo—y éste es aquél elevado al cubo—se apoderan de estas dos naciones, sufrirá un gravísimo retardo el progreso de la civilización europea. Que no venga, pues, la paz si ha de venir así.

«Paz, paz, paz a toda costa, paz cuanto antes y sea como fuese!» He aquí algo tan absurdo como sería pedir guerra a toda costa, guerra sea como fuese. Pero esa paz a toda costa, esa paz sea como sea, esa paz por la paz misma, como un fin en sí y no como un medio para el progreso, para la guerra civil inerme, no la quiere, en rigor, en los países beligerantes ningún ciudadano consciente de su ciudadanía, ningún patriota consciente de su patria, ni aun las mujeres, ni aun las madres. Son madres de países neutrales las que la piden; son, en los países beligerantes los que viven por debajo de la historia, sin conciencia civil, sin sentido de ciudadanía. Esa paz a toda costa, sea como sea, esa paz por la paz misma, sólo la desean los salvajes. Y los países civilizados están llenos de salvajes y de bárbaros también. Es más, cada uno de nosotros, de los civilizados, llevamos dentro a un salvaje y a un bárbaro en lucha el uno con el otro. Y esta es la vida.

Acaso quienes más desean la paz son los capitalistas. La guerra puede ser y es en un momento dado un negocio para una buena parte de los capitalistas, pero si se prolonga el negocio se hace ruinoso. Hay una frase de un economista alemán que decía que la guerra era la principal industria nacional de Prusia. Pero una industria puede quebrar y hay quien se arruina por meterse a empresas industriales que parecían bien calculadas.

Lo que hemos de repetir una vez más, y no será la última, es que es un error el de creer y sostener que esta guerra no ha salido más que del estómago y que no se trata en el fondo, sino de una lucha entre Alemania e Inglaterra por la hegemonía económica. Eso de la libertad de los mares es de todas las burdas invenciones de la abogacía exotérica germánica la más burda de todas. Nadie le privaba del libre uso del mar a Alemania.

Claro está que no hemos de negar que no se mezclen elementos económicos, pero en realidad se lucha por algo más humano, más civilizado. La supremacía en lo económico es cosa propia del que hemos llamado salvajismo, del supuesto estado natural. Es, en efecto, el estómago el que sólo piensa en la paz. Para comer y digerir hace falta tranquilidad y hasta siesta. La siesta es acaso el símbolo de la disposición salvaje del ánimo. Pero en cuanto se introduce en la sociedad humana el sentimiento belicoso o bárbaro—dándole a esto de barbarie el sentido que aquí le damos y que ha quedado creo suficientemente definido—entra con él lo que se llama el sentimiento del honor. Y hay que contar con ésta.

Será eso del honor si se quiere vanidad y nada más que vanidad, pero de vanidad vive el hombre civilizado. Y al mismo salvaje le saca de su salvajismo la vanidad. Y lo más vano que se ha dicho es aquello de vanidad de vanidades y todo vanidad. Como que el

ro no cree en ella. No es, por lo menos, la victoria en que creyó cuando se lanzó a la guerra y por creer en la cual se lanzó a ella.

También los aliados hablan de su futura victoria. Hoy mismo leo unas palabras del ministro inglés Lloyd George en que repite una vez más que la victoria ha de traerla la destrucción del militarismo prusiano y la imposición de la paz a Alemania, agotada ya en víveres y material. Otra cosa —dice—no sería una paz duradera ni protegería a "la civilización contra nuevas agresiones que acarreesen calamidades como las actuales". Y luego agrega que no quieren los aliados una paz que permita decir a los alemanes: «nos hemos visto en la obligación de hacer la paz, no porque nuestros enemigos hayan podido vencer a nuestros ejércitos, sino porque han sitiado por hambre a nuestras mujeres y a nuestros hijos». Y añade Lloyd George: "Solamente la victoria militar en todo su esplendor ha de traer la paz, por la cual combaten los aliados, y deben comprender los alemanes que obtendremos esa victoria que ha de ser completa y definitiva". Unos y otros necesitan, pues, la victoria definitiva. Pero Alemania parece que ha renunciado ya a ella y que se contentaría con una apariencia de victoria, siquiera relativa, que dejase lo más a salvo posible su vanidad.

Alemania trata de salvar un prestigio, el prestigio de invencibilidad militar que logró entre los papanatas, merced a sus trompeteos fastuosos. En fuerza de repetir: "¡soy invencible!" consiguió que hubiese espíritus ingenuos que se lo creyeron. Pero he aquí que sus enemigos no se rinden a esa arma del trompeteo. Y hoy está Alemania pidiendo a voces que le pidan la paz. Y sus adversarios le replican que la pida ella. Porque lo claro hasta ahora es esto; que Alemania pide que le pidan la paz. Quiere salvar la majestad del imperio. Y hoy haría aparecer como generosidad lo que dentro de unos meses no podrá ya hacer pasar por tal.

Y si, como esperamos y creemos, es vencido el militarismo imperialista prusiano, se pondrán luego sus abogados a querer probarnos que no fué vencido y que peleó en una guerra defensiva. Al principio de la guerra recibí una postal de un amigo alemán, en que me decía que peleaban por la existencia, «für existenz». Y le contesté que sí, que peleaban por la existencia de pueblo de presa, como pelea por ella el lobo que se echa sobre una oveja.

En el fondo, lo repetimos una vez más, unos y otros pelean por sus sendas personalidades. Los pueblos, como los hombres civilizados lo que defienden es su propia personalidad. Y por defenderla dan hasta la vida. Si yo no soy todo yo y reconocido como tal, lo mismo me da no ser. Solamente los pueblos y los individuos salvajes no defienden más que su conservación física, acaso su bienestar material. Y por eso se someten de buen grado a la esclavitud. El esclavo vive mejor que el salvaje libre, como vive mejor el animal doméstico que no el bravo. Está mejor atendido. Un amo precavido e inteligente, conocedor de sus propios intereses, es mejor amo que la divina Providencia. Y los alemanes no parece que son tan malos amos para aquellos pueblos que no sufren vejaciones de personalidad. A los salvajes parece que les tratan bien y que les crían hasta con mimo y les aprovechan con inteligencia, del mismo modo que no gustan de maltratar a los animales. Pero hay hombres muy considerados con los animales y con los salvajes, pero que no soportan el que se alicie otra personalidad frente a la suya. Y parece ser que los alsacianos y loreneses y los polacos y los checos y los serbios no son salvajes ni animales domésticos y sienten vejaciones de afirmación su personalidad.

idad y nada más que vanidad, pero de vanidad vive el hombre civilizado. Y al mismo salvaje le saca de su salvajismo la vanidad. Y lo más vano que se ha dicho es aquello de vanidad de vanidades y todo vanidad. Como que el Eclesiastés es el código del salvajismo y el supuesto Salomón, su autor, es el gran doctor de la sabiduría salvaje que acaba en una cartuja o en el quietismo. Sin el sentimiento del honor, o de la vanidad, que consiste en vivir del concepto que los demás tengan de uno, la civilización habría sido imposible. Más milagros cumple la vanidad que no el hombre. Y los hombres y los pueblos útiles a los demás son los vanidosos, los pundonorosos. Vanidad es el que un pueblo se crea superior a otro, pero vanidad es también el que este otro no se apreste a reconocersele. Y chocan las vanidades y es la vida del progreso.

Y hay, claro está, la vanidad colectiva que sí a las veces sirve de apoyo y sustento a las vanidades individuales, otras veces las suplanta. Entre los judíos se observa un enorme desarrollo, un desarrollo que alguien llamaría patológico de la vanidad individual, lo cual se debe acaso en parte a que como pueblo o colectividad se ven deprimidos, vejados y menospreciados, casi siempre con muy poca justicia. Y digo que alguien, y no yo, llamaría patológico a ese desarrollo, porque por mi parte me siento incapaz de determinar dónde acaba lo fisiológico o normal y empieza lo patológico o anormal, y porque creo que la civilización misma, y con ella la religión, la ciencia y el arte, la política, etc., no son más que enfermedades para un espíritu perfectamente equilibrado y natural, es decir, salvaje.

La vanidad colectiva germánica—y más bien vanidad que orgullo—se había venido haciendo desde 1870 verdaderamente abrumadora e insoportable para los demás pueblos que con el germánico tenían que convivir. La dignidad de estos otros pueblos, o si se quiere su vanidad—pues aquella no es sino forma de ésta—sentíase herida. La petulancia germánica se iba haciendo tan inaguantable como se hizo en el siglo XVI inaguantable en Europa la petulancia española. Creían nuestros abuelos de hace cuatro siglos formar parte del pueblo escogido por Dios para salvar a Europa de la herejía y de la condenación eterna. Y sus guerras lo fueron de vanidad tanto o más que de codicia.

Hace poco exponía M. Bontroux en la "Revue des Deux Mondes" las monstruosas doctrinas de petulancia colectiva con que se ha nutrido a la juventud alemana. Y cuando un pueblo se pone a mirarse al ombligo y a adorarse a sí mismo encerrándose en sí es que entra en decadencia. Mientras necesita de la opinión de los otros y se preocupa de lo que de él se piense todo va bien y esa forma de vanidad es impulsiva de civilización, pero así que empieza a creer que le basta con la propia opinión que de sí mismo tiene, está ya perdido. Afortunadamente para Alemania, no había perdido del todo, ni mucho menos, esa primera forma de vanidad y aun se preocupaba, y ahora se preocupará cada vez más, del concepto en que le tienen los demás pueblos. Este concepto fué una de las fuerzas propulsoras de su espléndido resurgimiento espiritual hace un siglo y en el período del "Sturén und Drang". En tiempo de Goethe y Schiller y Hegel, Alemania se preocupaba del concepto que de ella se tuviese en Europa.

Ahora se han planteado más de una vez esta pregunta: ¿por qué no se nos quiere generalmente? Porque saben que no son en general simpáticos y aunque hagan inauditos esfuerzos por llegar a serio, esfuerzos que por lo general dañan al propósito que buscan. Hay quienes se contentan con ser temidos, respetados y admirados; pero este contento es fingido, podemos asegurarlo.

Aquel maestro de barbarie que fué el general von der Goltz dijo una vez que la historia la hacen los vencedores. Pero esto no es verdad. La historia la hacemos entre los hombres civilizados todos y entre todos, incluso los que no escriban, la escribimos. Y Alemania, maestra de ciencias históricas en el siglo XIX, no logra imponer su propia concepción de la historia. Se aprende mucho, sin duda, pero mucho, en la "Historia de Roma" de Mommsen, mas a ningún lector avisado se le escapa lo que aquello tiene de alegato abogadesco y hasta de libelo.

Pues bien; ahora se trata de hacer la paz, pero la paz se hace tanto para la historia como para la necesidad presente, en concertar la paz entre la vanidad tanto como el hambre. En su último discurso insiste el canciller Bethmann Hollweg en manifestarse extrañado porque los aliados no acepten ni aun la idea de emprender negociaciones de paz. El kaiser habla de paz honrosa—"eholich". Y honroso no quiere decir ventajoso, como no sea para la vanidad. La honra, en efecto, dice relación a la vanidad. Aunque, como el crédito, sea luego explotable económicamente.

Creemos que es la vanidad herida de Alemania lo que más se opone hoy a que se llegue a concertar la paz en breve plazo. Habla de su victoria, pe-

personalidad frente a la personalidad de los alsacianos y loresneses y los polacos y los checos y los serbios no son salvajes ni animales domésticos y sienten veleidades de afirmar su personalidad.

Si éste de la guerra hubiera sido un choque no más que de intereses materiales, habríase ya resuelto, porque como empresa económica es ruinosísima para unos y para otros. Pero como es un choque de personalidades—si se quiere de vanidades—no se resuelve tan aínas.

Procure siempre acertarla el honrado y principal, pero si la acierta mal defenderla y no enmendarla!

Así hizo decir nuestro dramaturgo del siglo llamado de oro, es decir, el de nuestra petulancia colectiva, Guillén de Castro, al conde Lozano, en un estupendo diálogo de «Las mocedades del Cid», de donde salió «Le Cid» de Cornille. Y esa cuarteta, quintesencia del honor, o si se quiere de la vanidad, castellano parece ser hoy también el lema del honor germánico. Al meterse en la guerra han acertado mal, pero ahora tienen que defenderlo y no enmendarlo. Porque no hay en el fondo dos cosas más parecidas que el espíritu de la España del siglo XVI y el de la Alemania de fines del siglo XIX y principios del XX. Y así se explica que Treitschke hablase con tanto respeto y hasta admiración cariñosa de nuestra España de la Contra-reforma y que nuestros espíritus españoles más casticistas, más añorados de la España que fué—y fué para no volver a ser, a Dios gracias—se enternezcan ante las hazañas germánicas. Diríase que creen que Alemania va a vengarnos de nuestra merecida decadencia desde el siglo XVII. Hace poco, cuando el combate naval de Jutlandia, en que tanto ha jugado la fantasía vanidosa tudésca, nuestros quincentistas—llamémosles así por no darles otro nombre a estos añoradores del XVI español—se alborozaron creyendo que era el desquite de la derrota de la Armada Invencible. Como si no han protestado de las atrocidades germánicas en Bélgica es porque se acordaban del gran duque de Alba. ¡El gran duque de Alba! Para no resucitar está enterrado en la iglesia de un convento de esta ciudad de Salamanca. Y pronto que el día en que se haga la paz he de ir a visitarle a su sepulcro.

La paz no se hará hasta que bien quebrantada la vanidad germánica se le prepare al pueblo alemán para la derrota, y empiece a aprender que solamente los salvajes toleran que se les organice atendiendo a su bienestar y felicidad, que los civilizados defienden ante todo y sobre todo su personalidad, que no hay un tipo de cultura superior a otro sino grados en cada uno de ellos, que en este mundo lo sabemos todo entre todos, que no hay nadie tan débil que no pueda derribar al más fuerte ni nadie tan ignorante que no pueda enseñar algo al más sabio. No queremos que se nos organice con paz armada; queremos progresar a nuestro modo, cada cual al suyo, con guerra civil inerme.

MIGUEL DE UNAMUNO.

REPASO DE IDEAS

A LOS DOS AÑOS

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1916.

Por mi parte, yo no puedo considerar esta guerra sin un gran movimiento de estupefacción. Me aturde, me admira y conmueve la idea de que soy un contemporáneo de la enorme, de la infinita tragedia. Y todavía me produce más estupor el conocer que la tragedia se halla en su mitad, que ha de venir el terrible acto tercero, y que el desenlace será necesariamente una cosa de alucinación, y que después han de venir acumuladas, imprevisitas, sorprendentes, las innumerables consecuencias políticas, ideológicas, sociales, económicas, sentimentales, literarias; de todo género, en fin.

A veces me miro y me palpo, y con esto no hago más que coincidir con casi todos mis contemporáneos sensibles. Me miro y palpo, y un asombro indecible se apodera de todo mi ser. ¿Es posible que haya sido una realidad esta horripilante guerra de dos años? ¿Han podido pasar dos años seguidos, consecutivos, iguales, tremendos, sin que las potencias morales que sustentan al mundo se desquiciaran? ¿Era, en efecto, verdad; no ha sido, pues, un sueño?

Pero en seguida distingo en todas partes la huella de la realidad, y comprendo que no ha sido una vana pesadilla. Todo a nuestro alrededor lo vemos cambiado. Como si hubieran intervenido unas hadas adversas, el mundo muestra las evidentes señales de la conmoción. Sentimos que el mismo aire está enrarecido. Los odios vuelan con ala violenta. La ley, la justicia, la piedad, el amor, el curso le-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES